

retrospectivo, ello implica también que los expertos evalúan la adecuación de las estrategias aplicadas en relación con el conjunto global (cit. Presas, 2000: 21)

De especial interés para el presente trabajo resultan los términos “operativo” y “estratégico”. Por “operativo” entendemos el conocimiento de tipo procedimental u operacional interiorizado y automatizado. El conocimiento “operativo” se suele oponer al conocimiento “declarativo”, que es más bien “verbalizable”, o sea, que se puede definir conscientemente. Aunque se cree que el experto debe poseer ambos tipos de conocimiento (operativo y declarativo), parece que en realidad el primero predomina sobre el segundo. Asimismo, y como veremos al final de este capítulo, el experto debe poseer también un conocimiento “estratégico”, es decir, capaz de solucionar de la forma más exitosa y rápida posible cualquier tipo de problema relacionado con el campo en el que es experto.

Pero detrás de los intentos de definición del concepto de experto, asoma otra cuestión un tanto más difusa: la de cómo se convierte uno en experto. Dreyfus & Dreyfus (1986) distinguieron, en este sentido, cinco fases en la adquisición del conocimiento experto: 1) la de novato (*novice*), que posee las reglas de actuación pero sin contexto; 2) la de principiante avanzado (*advanced beginner*), que aplica las reglas por conocimiento declarativo; 3) la de competencia (*competence*), que es capaz de jerarquizar los datos; 4) la de dominio (*proficiency*), cuando la actuación es capaz de identificar problemas y de actuar de forma global y 5) la de experto (*expertise*), cuando la actuación se ha convertido en automática.

Por su parte, Pozo *et al.* (1994: 210) proponen el siguiente modelo de adquisición de la competencia experta:

Figura 1

Fases en la adquisición de contenidos procedimentales (Pozo *et al.* 1994: 210)

Los estudios realizados en torno al conocimiento experto que se han ocupado de los procesos de aprendizaje han abierto las puertas a un campo empírico-experimental de enormes dimensiones. En este sentido, se ha observado cómo actúan expertos y novatos en diversos campos (ajedrez, medicina, física, etc.) cuando se enfrentan a problemas con el fin de determinar los rasgos que les caracterizan individualmente o los que tienen en común. Anderson (1996), por ejemplo, estableció una estrecha relación entre el conocimiento experto y la capacidad de resolver problemas. Según él:

“Desde el principio, el objetivo de las investigaciones era identificar los rasgos que hacen que los procesos de resolución de problemas sean más efectivos gracias a una práctica continuada” (cit. Presas, 2000: 23)

También Dreyfus & Dreyfus (1986: 156) afirman que se puede hablar de conocimiento experto en un determinado campo cuando se tiene la capacidad y

habilidad de actuar en situaciones que en un momento pudieron ser consideradas como problemáticas pero que ya no lo son, por lo que no necesitan una reflexión analítica. Desde esta perspectiva, podríamos decir que cuanto menor sea la frecuencia de problemas percibidos en un ámbito concreto del conocimiento, mayor será el grado de experiencia en ese ámbito.

Todo ello nos indica, en resumidas cuentas, que el proceso de adquisición del conocimiento experto es un tipo de “proceso de automatización gradual”, adoptando la terminología de Chesterman (1997: 150). Para este autor, el conocimiento experto va de un reconocimiento particular a un conocimiento global, de una respuesta consciente a una respuesta inconsciente, de una toma de decisiones analítica a una intuitiva, de un simple cálculo a una deliberación y de una desvinculación a un compromiso. Chesterman sintetiza la adquisición del conocimiento experto en cinco fases (1997: 150):

- (1) reconocimiento de rasgos y reglas predefinidos;
- (2) reconocimiento de rasgos no definidos pero relevantes;
- (3) toma de decisiones jerarquizada y dirigida a alcanzar un objetivo;
- (4) comprensión intuitiva acompañada de una acción deliberativa;
- (5) realización fluida de la tarea acompañada de una racionalidad deliberativa.

Una vez visto esto, tenemos que pensar que el conocimiento experto en traducción es principalmente operativo, y que un traductor experto será alguien (a) que trabaja sobre todo intuitivamente y (b) que ha automatizado una serie de rutinas básicas pero que puede verbalizar algunos de sus procedimientos (conocimiento declarativo) cuando la situación lo requiere, por ejemplo en la resolución de problemas inusuales o en la comparación y justificación de posibles soluciones. Volveremos al papel del

conocimiento operativo en el capítulo 2, en el que nos ocupamos de los procesos de resolución de problemas.

1.2. LA COMPETENCIA TRADUCTORA

La noción de competencia se utiliza en numerosas disciplinas (como la lingüística, la enseñanza de segundas lenguas, la pedagogía, etc.) para designar el conocimiento experto. Esta noción surge a raíz de la distinción de Chomsky (1965) entre competencia y actuación lingüística y se desarrolla, sobre todo, gracias a Hymes (*communicative competence*), Canale, Bachman o Hansen (1997). Ésta última define el término competencia como “the combination of abilities, skills and knowledge which are manifested in specific actions in situations” (cit. Orozco Jutorán, 2000: 79). Sin embargo, en el campo de la traducción el concepto de competencia ha dado lugar a una gran disparidad terminológica (*transfer competence, translation performance, translator competence, translation skill, etc.*) y conceptual, como veremos a continuación.

House (1980; cit. Kiraly 1995) describió la competencia traductora como la quinta destreza en el conocimiento de una lengua extranjera junto con la comprensión escrita, la comprensión oral, la expresión escrita y la expresión oral.

Bell (1991: 43), por su parte, la definió como “los conocimientos y habilidades que debe poseer el traductor para llevar a cabo una traducción” y Hurtado (2001: 385) como “la habilidad de saber traducir”. En esta misma línea, el grupo PACTE (2000 i 2003, en prensa) afirma que “la competencia traductora es el sistema subyacente de conocimientos, aptitudes y habilidades necesarios para traducir”. Para este grupo, la competencia traductora incluye conocimientos de tipo declarativo y procedimental (aunque considera que el segundo tipo predomina sobre el primero) y consiste en la habilidad de llevar a cabo el proceso de transferencia desde la comprensión del texto